



Diana de Paz

**NADA
MENOS
QUE
MAX**


ESPASA

DIANA DE PAZ
NADA MENOS QUE MAX

ESPASA  NARRATIVA

© Diana de Paz Patiño, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 950-2020
ISBN: 978-84-670-5770-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1

Las plantas de los pies me ardían. Llevaba unos zapatos nuevos, tan rígidos que mi piel parecía clavarse con cada paso a los adoquines de la calle, que estaban cubiertos de colillas y antiguos chicles pegados, convertidos en manchas negras y redondas. Iba mirando al suelo, como casi siempre, encogida y distraída. A veces levantaba la mirada y la posaba por unos segundos en alguna de las ventanas iluminadas, en la vida que se adivinaba más allá del cristal. Pero igual que esa noche, no pasaba mucho antes de que volviera a distraerme, perderme en mis pensamientos, fijarme en los adoquines del suelo, notar el olor a ciudad y a contaminación. Y pensar en su mirada.

La suya era la clase de mirada que cambia tu vida para siempre. El momento en el que me la encontré se repitió una y otra vez en mi cabeza durante aquellos días de finales de marzo: el frío comenzaba a desaparecer, los días se iban haciendo algo más largos y pasear por Madrid de algún modo me devolvía la ilusión. Había sido un invierno duro y muy largo, de tardes oscuras y noches heladas, y apenas había dejado de llover desde hacía varios días. Esa noche, sin embargo, no llovía y era cálida, la primera cálida del año, la primera en que había decidido volver a casa caminando en vez de coger un taxi a pesar de ser ya de madrugada y del agudo dolor que sentía en las plantas de los pies. Y mi pensamiento a lo largo de todo el paseo había estado ocupado por su mirada.

Llevaba pantalón de traje azul marino y camisa blanca remanada, cinturón y zapatos negros y un reloj que por fuerza debía de ser incómodo. Pulcro y elegante. Tenía pinta de extranjero, con la piel y el pelo oscurecidos por un sol menos amable de lo que su genética hubiera deseado, y también de ser más joven de lo que

aparentaba. Frente a él, sobre la barra, whisky en vaso bajo, con hielo. Ni el gesto ni la mirada, sin embargo, iban a juego con su apariencia de lobo de Wall Street.

Estaba solo, consigo mismo, tomándose la copa en la barra. Su mirada paseaba a veces de un lado a otro del local, pero lo hacía perdida. Salvo cuando la posó sobre mí. Como he dicho, la suya era la clase de mirada que cambia tu vida para siempre, aunque yo en ese momento aún no entendiera la razón. Sentía que había algo distinto en esos ojos, pero no sabía qué, y tardaría todavía semanas en descubrir, como si de una epifanía se tratara, que aquel chico no solo me había mirado: me había *visto*.

Le devolví la mirada, y él me la sostuvo durante unos segundos. No muchos. Se azoró y la bajó hacia su vaso, y yo hice lo mismo por reflejo.

—¿Qué pasa? —preguntó Carmen, tras darle un trago a su copa de ginebra. Era la clase de persona a la que le gustaba enterarse de lo que ocurría a su alrededor, y no sabía mantenerse al margen. Tampoco sabía pasar desapercibida, o quizá no quería.

—Nada... ese de ahí.

—¿El tímido?

Al erguirse y girarse hacia él, la camisa que llevaba remarcó su busto y dejó entrever aún más su escote. Para mi gusto, llenaba las camisas lo suficiente como para plantearse comprarlas una talla más grande. Pero Carmen disfrutaba provocando. Me fijé en el borde de su copa, manchado de pintalabios rojo. La mía propia tenía una marca granate que borré disimuladamente con la yema del pulgar. Me llevé también un par de gotitas que el cristal de la copa resudaba por culpa del frío de los hielos. Me sequé el dedo en el pantalón.

—¿Tímido? ¿Le conoces?

—No es que le conozca, pero tampoco es la primera vez que le veo. No se anima a hablar con nadie, casi siempre está solo. ¿Quieres que le pida su número?

—No. Déjalo.

Se levantó de todas formas. Ella era así, decidida y sin una pizca de vergüenza. Yo, por el contrario, era la clase de persona cuyo lenguaje corporal parece pedir perdón a gritos por existir. O al

menos así me sentía buena parte del tiempo, cohibida por el mero hecho de ocupar un espacio. Y el derecho a ocupar espacio era por aquel entonces para mí un concepto totalmente desconocido aún.

—¿No decías que querías olvidarte de Pedro? —dijo Ana, a mi derecha, tras darle un trago a su cóctel—. Si no te animas a conocer a gente nueva, nunca lo lograrás.

De todas mis amigas, Ana era la más práctica y sensata, aunque rara vez se aplicaba el cuento a sí misma. Suspiré y me fijé en Carmen, que había avanzado hacia él y ahora mantenía una conversación que, a pesar de la distancia, estaba segura de que no estaba marchando bien. Sentí una oleada de inseguridad y decepción cuando vi al chico claramente diciendo que no con la cabeza. Carmen volvió con una mueca.

—Tiene novia.

—No te ha dicho eso.

—No, no me ha dicho eso —admitió—. El tío está muy bien, y tiene unos ojos... pero ¡tú eres un bomboncito! Me parece muy raro que no quiera nada. O sí que tiene novia, y no lo dice, o es gay y tampoco lo dice. Y no son estos tiempos para que uno se calle que es gay.

—Y entonces ¿qué te ha dicho? ¿Qué excusa te ha dado?

—Ninguna excusa. Muy educadamente me ha dado las gracias y me ha dicho que no estaba interesado.

Elevé las cejas, sintiendo que el calor me subía a la cara. Me giré hacia Ana.

—Después de esto, no veas la cantidad de números de teléfono que voy a ir pidiendo por ahí.

—Usa las redes, como hago yo.

Silvia era la más optimista del grupo. Había conocido a su último novio a través de una aplicación. Igual que al anterior. Y al anterior. Carmen decía que era *el amor en los tiempos del hiperconsumo*: superficial y de usar y tirar. Con una vida tan corta como las camisetas o los móviles que llevábamos en el bolsillo. Yo no entendía muy bien qué quería decir mi amiga la mitad de las veces, en parte porque a menudo me cansaba de escucharla: me parecía que lo llevaba todo al extremo y polarizaba cualquier cosa de la vida cotidiana, lo convertía todo en política. Pero si en algo

estaba de acuerdo con ella era en que aquel formato valía para pedir cena a domicilio, pero no parecía muy eficiente en asuntos más humanos.

—Yo no tengo la necesidad que tienes tú de conocer hombres, Silvia. Lo que necesitaba era que el que ya conocía me tratara bien.

—Yo no tengo ninguna necesidad de conocer hombres. —La miramos todas con una mueca—. Vale, me gusta la variedad. Pero estamos hablando de ti, Clara. Y todas estamos de acuerdo en que necesitas... «airearte». Por el camino que ibas ya no puedes volver. *Pedro is over, finito, terminé.*

Fingí una carcajada. No me salió demasiado bien.

—¿Me lo vas a decir en más idiomas?

—No, te lo hemos dicho ya todas muchas veces en castellano. Llevas media vida con el mismo tío y no ha funcionado. Por mucho que duela, por mucho que la cabeza busque excusas para volver... Se acabó. Estoy segura de que se ha tirado a medio Madrid en estos años, si me disculpas la franqueza. Esta es la definitiva, Clara. Ya te has deshecho de él, ahora tienes que conseguirte alguien que te impida regresar con él.

—La verdad, Silvia —di un trago a la copa y agité la cabeza con resignación—, ya ni siquiera duele.

El chico de la barra volvía a mirarme, pero en cuanto vio que me había dado cuenta, se giró de manera brusca. Me puse roja y volví a fijarme en mi copa, con la firme intención de no levantar la vista de nuevo. Seguimos hablando de cosas intrascendentes por un rato y después, tras unos cuantos bailes en un garito cercano, nos marchamos. Y como era la primera noche cálida del año, volví caminando a casa, pensando aún en su mirada.

Era más o menos guapa, más o menos inteligente y tenía dinero. No propio, o al menos no mucho, todavía, pero había nacido en el seno de una familia que me lo había dado todo desde pequeña y me lo seguía y seguiría dando siempre que yo lo quisiera. Podía considerarme afortunada. Y, sin embargo, afortunada, satisfecha y feliz eran tres adjetivos que, según mi limitada experiencia en la vida, no solían coincidir.

Tenía veintiséis años y toda la vida por delante. Y tener toda la vida por delante no significa lo mismo en todos los casos. En el mío, teniendo en cuenta la tarjeta de crédito a mi nombre por la cual respondía mi padre, significaba que podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera. Tomar las decisiones que más feliz me fueran a hacer.

Pero las buenas decisiones no se compran con una tarjeta de crédito.

Había estudiado empresariales por inercia. Vestía ropa de marca y acudía a los mismos locales por inercia. Alguna vez acompañaba a mi madre a la misa de los domingos por inercia y porque me lo pedía ella. Pero aún no era muy consciente de todo esto.

Por aquel entonces, habría sido incapaz siquiera de imaginar lo que estaba por venir. Creía que tendría una historia de amor que contar. Pero no iba a tratarse de una simple historia de amor, aunque así lo pareciera: iba a tratarse de mucho más. Tanto que me desharía en pedazos y volvería a juntarlos para hacer con ellos una nueva Clara. No, no estoy aquí para hablar del amor.

Estoy aquí para hablar de un despertar.

Por aquel entonces... aún no era *yo* por completo. Vivía mi vida sin saber lo que era la vida, y seguí sin saberlo hasta que le conocí a él, hasta que sus ojos dulces y profundos me vieron aquella noche y siguieron viéndome en mis sueños las noches de esos últimos días de marzo en los que el frío comenzó a desaparecer, hasta que me desnudaron, me descubrieron. Y me obligaron a descubrirme.

CAPÍTULO 2

—Ese es mi vaso.

Tardé un momento en darme cuenta de que me estaban hablando a mí. Mi hermano, Alberto, sentado a mi lado y con cara de fastidio, me clavaba la mirada con las cejas levantadas. Cuando me situé, me fijé en el vaso que tenía en las manos y que estaba a punto de llevarme a los labios.

—Pues para ti —dije, dejándolo de nuevo en la mesa.

Busqué el que debía ser mío y me di cuenta de que faltaba uno. Siempre faltaba uno de algo, una servilleta, un tenedor, un cuchillo o, las más de las veces, un vaso. Solía ser por mi padre, que nos había contado en innumerables ocasiones cómo en su casa se compartían los vasos para que su madre no tardara tanto en fregar la vajilla después (tenía que hacerlo a mano) y porque así ahorraban (no pertenecían precisamente a la clase alta), y había arrastrado consigo la costumbre de coger un número de vasos o cubiertos aproximado, nunca exacto, cuando ponía él la mesa. Me levanté, cogí un vaso de la cocina y volví a la mesa. Frente a mí, Cecilia, mi hermana pequeña, miraba absorta la pantalla de su teléfono móvil, a tan solo un palmo de su cara.

—Ceci, cariño, deja el teléfono de una vez, por favor.

Mi madre, sentada a mi derecha, había detenido sus cubiertos sobre el plato y clavado la mirada en su hija pequeña, que alargó el brazo con gesto de fastidio para dejar el móvil en el mueble tras ella.

—¿Nuevo novio? —preguntó Alberto.

—Cállate —le respondió mi hermana, con un gruñido.

—Eso, a callar ya —dijo mi padre—. Menos molestar a tus hermanas y más estudiar para selectividad.

—Ya no se llama selectividad.

—Pues como se llame. Estos politicuchos gastando tiempo y dinero en absurdeces. ¿Qué más dará cómo se llame?

—Es una barbaridad tanto cambio de ley de educación. Se cuelgan la medallita como si hubieran resuelto algo cuando lo único que hacen es perder tiempo y dinero. Los problemas en los institutos son otros. Lo que hace falta es más profesores con mejores sueldos y mejores infraestructuras, no pagar a un puñado de inútiles para que pasen días reunidos decidiendo si es mejor dar dos horas o tres de física y química a la semana.

Mi madre era profesora de religión del instituto concertado al que sus tres hijos habíamos ido, por lo que mi situación en clase siempre se había movido entre incómoda, como hija de profesora, y privilegiada. También había sido la directora del instituto, cargo del que había sido relevada hacía unos años. Según ella, ya no estaba para esos trotes. Era una mujer de una energía envidiable, práctica y resolutiva: justo lo que me faltaba a mí, que me parecía bastante más a mi padre. Cecilia había salido un poco a ambos, aunque a sus dieciséis años todavía era difícil adivinar su verdadera identidad, y Alberto, con dieciocho, había sacado la sensibilidad de uno y la actitud explosiva de la otra en una mezcla que, estaba convencida, algún día terminaría comiéndose el mundo. A pesar de la diferencia de edad, nos llevábamos bien los tres. Salvo cuando Cecilia cogía mi máscara de pestañas y la dejaba mal cerrada, o cuando Alberto hacía comentarios obscenos sobre mi ropa interior si sus amigos iban de visita. En esos casos, eran dos adolescentes de los que estaba deseando huir. Y no es que no lo hubiera intentado. No es que no empezara a sentirme atrapada en mi casa después de veintiséis años viviendo allí. Hacía unos meses me había mudado con Pedro a un piso de alquiler en la calle Reina Victoria, emocionada como nunca. Hasta que me enteré, cuando apenas llevábamos unos días viviendo juntos, de que se había despedido de su «soltería» pasando con otra chica la noche del sábado anterior a empezar nuestra nueva vida juntos. Empaqueté mis cosas, que por suerte todavía eran pocas, pues en origen esa solo iba a ser la casa de Pedro hasta que se le ocurrió que probáramos juntos unos días, y volví a mi hogar una vez más.

—¿No habíamos quedado en que los móviles están prohibidos en la mesa? No para de vibrar uno por aquí cerca.

—Yo no escucho nada —dijo Alberto.

—Te estarás quedando sordo, hijo. Tanta musiquita en el oído todo el tiempo.

—Seguramente sea mi teléfono —dije yo, que recordé que lo había dejado en el pasillo, justo al lado de la puerta de la que era mi madre quien más cerca se encontraba.

—Pues menudo soniquete.

Esperé a terminar la comida antes de levantarme a por el teléfono. Cuando lo desbloquéé, comprobé que el grupo de WhatsApp de mis amigos se había colapsado de comentarios.

Nosotras teníamos dos grupos: uno solo para las chicas y otro mixto, que compartíamos con los chicos del grupo. Sabíamos que ellos, a su vez, tenían un grupo que habían bautizado «machos alfa!» por el que se pasaban todo tipo de barbaridades, principalmente memes y fotos de mujeres desnudas. Una vez, Pedro me dejó echarle un vistazo, pero terminé tan asustada por el contenido que no volví a pedírselo nunca. Cuando le devolví el móvil, asqueada, se rio mientras se lo volvía a meter en el bolsillo del pantalón y me soltaba un «te lo he dicho». En aquella ocasión, estaban hablando de quedar esa tarde para vernos. Me dispuse a arreglarme y una hora después ya caminaba hacia donde habíamos quedado.

Llegué a Eloy Gonzalo y me reuní en la puerta del Perrachica con Carmen y Albert, que estaban terminándose un cigarrillo. Éramos los primeros. Los demás fueron llegando al cabo de unos minutos y, cuando entramos al local, prácticamente nuestra base de operaciones, nos sentamos en los sofás del centro. Casi de inmediato, reparé en el mismo chico de la barra del fin de semana anterior. Se quedó mirándome unos segundos y giró la vista. Me pareció ver un amago de sonrisa, pero no estaba segura. El camarero apareció al poco y nos tomó nota. Cinco minutos después, la mesa estaba ya cubierta de copas grandes de Johnnie Walker y Puerto de Indias. Hablamos, bebimos, nos reímos. Y al cabo de un rato, se extendió un silencio repentino entre los tíos, que se empezaron a dar codazos. Se quedaron mirando a un grupo de tres chicas que

acababan de entrar al local y que se habían sentado no lejos de nosotros. Una de ellas, una muchacha gruesa y con media cabeza rapada, vestía ropa de chico, o lo que a nosotros nos parecía ropa de chico; no llevaba nada en la cara salvo un ostentoso septum, y su pantalón vaquero corto dejaba a la luz unas piernas blanquecinas, cubiertas de tatuajes y sin depilar. La miraron descaradamente, como si un ser como ella no tuviera lugar en nuestro espacio elitista. Alguno hasta se atrevió a soltar una carcajada, a lo que Carmen suspiró con resignación. Sentí que tenía que decir algo.

—Bueno... dejadla en paz, ¿no? Cada uno que haga lo que quiera con su cuerpo.

—Joder con las feministas.

—Yo no soy feminista —contesté de inmediato, con demasiada impulsividad y la voz un poco más alta de lo necesario. Por algún motivo, me incomodaba terriblemente la idea de que mis amigos me identificaran con aquellas chicas con sobrepeso, la cabeza rapada y las axilas sin depilar.

—¿En serio, tía? —me preguntó Carmen, mirándome desde el sofá de enfrente.

—No creo que haga falta ponerle un nombre —dije, encogiéndome de hombros—. La gente se asusta, ya has visto lo que entienden ellos..., y lo que queremos es igualdad, ¿no?

Carmen se echó las manos a la cabeza.

—Ay, Dios mío. Sí que estamos mal si ni las propias mujeres entendemos de qué va el asunto. Bueno —hizo un gesto con la mano en mi dirección, como restándole importancia—, yo también he estado ahí. Ya te deconstruirás cuando llegue el momento.

Me sentí muy ofendida por su manera condescendiente de hablarme. El resto del grupo ya estaba en otra cosa, pero yo la miré fijamente y le dije:

—Carmen, no todas somos como tú. Ni tenemos por qué serlo.

—¿Ah, no? En mi opinión, somos todas mucho más parecidas de lo que nos creemos.

—Pues yo no creo que me haga ninguna falta el feminismo. Al revés, me pone trabas en el camino. Si consigo algo, quiero que sea por méritos míos, no porque haya que compensarme por ser mujer.

—El feminismo no te pone trabas. Como mujer, todo, *todo* lo que tienes se lo debes al feminismo. Perteneces a un grupo muy reducido de mujeres alienadas y afortunadas, si lo quieres ver así. Pero la mayoría de las mujeres del mundo no están en tu situación. No lo hagas por ti, si no quieres, o si no lo entiendes. Hazlo por ellas.

—Lo dice la comunista del iPhone —dijo Pedro, que se había quedado pendiente de nuestra conversación, entre risas—. Carmencita, Carmencita...

Ella sonrió, pero no dijo nada.

—¿Ya estáis con lo mismo de siempre? —preguntó Albert, encantado de provocarnos, especialmente a mi amiga—. ¿Queriendo arreglar el mundo otra vez, Carmen?

—No, no, no, eso ya os lo dejo a vosotros. En vuestro trabajito en el banco, el lunes, hacéis un *brainstorming* para sacar ideas de cómo seguir ganando dinero sin joder a nadie. ¿Os parece?

—Pues no va a poder ser... Algunos tenemos demasiado trabajo para esas cosas. A mí me gustaría hacer como tú —miró hacia los demás con una sonrisa y las cejas levantadas, abriendo mucho los brazos, como buscando aprobación—, pasarme la vida leyendo y escribiendo y viviendo del dinerito de papá, pero es que en mi casa nos preocupamos más de cómo hacer dinero que de cómo gastarlo, fíjate.

—Pues si necesitas a alguien que te ayude con la parte de gastarlo, ya sabes, contrátame. Seguro que se me ocurre algo mejor que la camisa hortera que llevas.

Hubo unas cuantas risas indisimuladas.

—Coño, por lo menos yo no voy enseñando las tetas —contestó él. Carmen levantó una ceja al tiempo que se extendía un «eeehh» entre los presentes y alguien decía: «¡Que haya paz!»—. Si hay paz de sobra. Yo estoy ayudando aquí a la amiga a decidirse, que no se da cuenta de que es una privilegiada. En cualquier otra parte del mundo, la violarían por ir así vestida. Que estás guapísima, ojo —añadió, mirándola—. Sabes que te lo digo con amor de amigo. Pero deberías dar gracias por poder hacer lo que quieres, ponerte lo que quieres y liarte con quien quieres. Que aquí eres libre. Da gracias por que te lo permiten en vez de quejarte tanto. Os quejáis de

vicio, hombre, si tenéis más de lo que os hace falta. No muerdas tanto la mano que te da de comer, no vaya a ser que salgas perdiendo.

Inmediatamente después, entró otro grupo de chicas que acabarían de cumplir los dieciocho años, todas bastante guapas, delgadas y muy maquilladas. Los tíos se miraron y empezaron a reírse.

—¿Ves? Esto es lo que le apetece a uno ver.

«Esto sí que da gusto verlo», «Así yo sí que me quedaba a tomar otra y que le den al partido», «Nah, son unas crías», «¡Qué coño, crías! Esas ya la chupan. Y ya sabes lo que dicen por ahí, “Si tiene la docena, ¡me juego la condena!”». Y después, más risas.

La conversación siguió por otro lado, que si «Este local se está convirtiendo en una atracción turística de Madrid, cada vez viene más peña a molestar» y «Vamos a tener que buscarnos otra cosa con más clase», pero Carmen se quedó mirándome, inquisitiva. Yo no estaba para discutir más del tema, que me hastiaba, y mucho menos para darle la razón, aunque un rumor lejano en mi cabeza dijera que la tenía. Así que evité su mirada hasta que se cansó. Entretanto, busqué al chico de la barra. Había desaparecido.

No hubo más incidentes destacables aquella noche. Una copa más, cenar, otra copa después. Ni siquiera fuimos a bailar. Evité a Pedro cuando se ofreció para llevarme a casa, cogí un taxi y me metí en la cama sin poner el despertador.

La semana fue pasando con más o menos normalidad. Mi trabajo no me apasionaba, pero me ofrecía la oportunidad de estar ocupada la mayor parte del día, que era lo que más necesitaba en aquellos momentos. Desde que lo había dejado con Pedro, llevaba tiempo intentando establecer una rutina que me mantuviera lo más entretenida posible. Gastaba más de la cuenta en compras, en salir a cenar y en ir al cine, pero me contentaba pensando que ir al psicólogo habría salido más caro. Estaba convencida de que podía olvidarme de él. Anteriores intentos de dejarlo por mi parte habían terminado conmigo volviendo a llamarle o respondiendo a sus llamadas tras días de interminables llantos, pero aquella vez ya no lloraba. Había alcanzado mi techo: la sola idea de irme a la cama y pensar en él me daba pereza. Había sufrido demasiado y me fastidiaba

tanto seguir haciéndolo que decidí simplemente no sufrir. Fue así de fácil. O de «casi» fácil. Pero como a veces la fuerza de voluntad flaqueaba y el fastidio se esfumaba asustado por un recuerdo bonito, también tenía las compras y la nueva rutina. Casi todos los miércoles iba al cine, los viernes, a cenar, los sábados de tiendas, copas y discoteca, los domingos de cervecero, a veces tanto de mañana como de tarde. Y el resto de los días, iba al gimnasio y me metía tanta caña que volvía a casa demasiado cansada como para lamentarme por nada.

Aquel era uno de esos días. Ya había pasado una hora en la cinta de correr y las máquinas de peso, y después había bajado a la piscina para hacerme unos cuantos largos. Me encontraba haciendo un descanso en uno de los bordillos cuando un chico que se aproximaba nadando por mi calle captó mi atención. Tenía una espalda fuerte y atlética y parecía bastante alto. Su piel estaba bronceada de un precioso color dorado, la clase de dorado amarronado que parte de una tez muy blanca. Me pareció que lo conocía de algo, que había tenido ese mismo pensamiento hacía no mucho. Cuando llegó a mi altura, frenó durante un instante y me hizo un gesto con la cabeza para saber si iba a salir o si podía seguir nadando él. A través del cristal de las gafas, me pareció que tenía los ojos verdes. Y también me pareció ver un gesto de reconocimiento por su parte. De pronto, caí en la cuenta. Era él. El chico de la barra. El que no estaba interesado en mi número de teléfono. Me azoré de inmediato y me quedé quieta en el bordillo. Él también se había dado cuenta de quién era yo. Cuando volvió de hacer el largo, paró a descansar. Se apoyó en el bordillo, cerca de mí, y se quitó las gafas.

Intercambiamos primero una mirada rápida, después una mueca que parecía una sonrisa. Y los segundos empezaron a durar mucho más de lo que duran normalmente. Yo llevaba más tiempo descansando, así que la cortesía decía que debía ser la primera en ponerme las gafas y volver a salir. Pero su cuerpo, a tan solo unos centímetros del mío, me atraía como un imán. Era incapaz de concentrarme, turbada como estaba por su cercanía y por lo bello que era. En ese momento, un señor mayor que había estado nadando en la calle de la derecha llamó la atención al detener a un chico joven que compartía la calle con él.

—Lo estás haciendo mal. Vas de un lado para otro dando bandazos, así no se avanza.

Intenté reprimir una sonrisa, pero creo que no tuve mucho éxito. A mi lado, mi compañero de calle sonreía ampliamente. El chico al que el octogenario estaba aconsejando no sabía dónde meterse, aunque su tupida barba le ayudaba a disimular la vergüenza.

—El crol exige perfección en la técnica. Tienes que estirar el brazo hacia el frente, siguiendo una línea recta. —El señor hacía los movimientos a medida que se lo explicaba mientras el chico de la barba asentía—. Y no despegar la barbilla nunca del pecho, solo un poco hacia un lado para coger aire, pero nunca levantando la vista.

Mientras el señor le ejemplificaba el movimiento de respiración a su alumno, sentí que mi compañero se había acercado más a mí.

—Tiene razón —murmuró cerca de mi oído. Su voz, cómo no, compartía la sensualidad de su cuerpo—. Antes lo he visto nadando a mariposa y lo hacía mejor que muchos de veinticinco años.

Le miré abriendo mucho los ojos y dibujé una sonrisa. Creo que murmuré «¡vaya!» o algo así, pero me sentía incapaz de decir algo relevante.

—Hágalo usted, a ver qué tal le sale.

—¡A mí me sale muy bien! Fíjate. Espérame aquí. —El hombre se lanzó a nadar y, de pronto, perdió treinta y cinco años. El movimiento era perfecto, rápido y grácil. El chico de la barba se le quedó mirando alucinado, igual que los demás. El señor hizo el largo de ida y el de vuelta antes de que pudiéramos recuperarnos de la impresión—. ¡Vamos, ahora te toca a ti!

El chico tomó aire y salió. Con los brazos muy abiertos, avanzaba dibujando curvas y sacaba la cabeza para tomar aire allá donde le parecía; era como si estuviera podando arbustos en vez de nadando. El señor, a nuestro lado, se echó una mano a la frente y agitó la cabeza de un lado a otro, en señal de descontento. Mi compañero y yo compartimos una mirada y nos reímos.

—Espero no hacerlo yo así de mal.

—No —respondió él—. Me he fijado y tienes un movimiento bastante grácil.

Así que se había fijado. Me quedé callada, y él también, y como parecía que ninguno de los dos sabía qué más decir, me bajé las gafas y continué nadando. Unos quince largos después, me di cuenta de que hacía rato que, normalmente, habría dejado de nadar. Pero no quería alejarme de él. Quería provocar un nuevo intercambio, saber su nombre, asegurarme de que volvería a verle allí.

Finalmente me detuve en el bordillo, mareada y segura de que no me iba a atrever a hablar con él otra vez. Me icé con los brazos fuera de la piscina y caminé dando tumbos en dirección al vestuario.

Por primera vez me alegré de que el gimnasio estuviera en obras esa primavera. El último mes había sido un fastidio: hombres, mujeres y niños tenían que compartir el vestuario infantil. Un cartel en la puerta pedía la mayor precaución y respeto a la hora de usarlo, pero la mayoría de la gente optaba por irse a casa sin duchar o directamente habían dejado de venir ese mes. El caso es que cuando salí de la ducha, con una toalla enrollada, estaba sola salvo por otra persona que aún estaba duchándose. Me dispuse a peinarme y secarme el pelo, y cuando la puerta de la cabina se abrió, salió él. Llevaba una toalla alrededor de la cintura y unas chanclas. Nada más. Sonrió, incómodo, y se dirigió al banquito donde había dejado la mochila, dándome la espalda. Yo le di la espalda a mi vez, pero en mi pared había un espejo y podía observarle.

Un extraño silencio se impuso. Llevábamos más ropa que hacía unos minutos en la piscina, pero la intimidad de compartir el vestuario lo volvía todo distinto. Me miré en el espejo, el pelo aún húmedo y la piel de las mejillas colorada y limpia por el efecto de la sauna y la ducha. Me sentía deseable. Levanté la mirada de mis labios y le pillé con el cuello girado, mirándome. Se volvió rápidamente y yo hice lo mismo, turbada, sintiendo la atmósfera cada vez más cargada de tensión y timidez. Me fijé de reojo en que se le habían caído los calzoncillos. ¿Estaba tan nervioso como yo? Los recogió, cogió también unas bermudas marrones, entró en la cabina donde se había duchado y, cuando salió, ya iba vestido de cintura para abajo. El pelo ya se le iba secando y le caía en mechones del color del latón desgastado por la frente.

Yo había aprovechado para ponerme la parte de abajo. De espaldas, me metí la camiseta por la cabeza sin quitarme la toalla y después me puse el sujetador. Guardé la toalla en la mochila, ya vestida. Él estaba muy cerca, mirándome de nuevo. Esta vez me dedicó una media sonrisa.

—Espero que merezcan la pena los nuevos vestuarios —dijo.

—Sí... —convine, sonriendo. No era capaz de decir nada más. Sentía una fuerte atracción hacia él, pero no podía olvidar que ya me había rechazado en el pasado.

—Uf, hace calor, ¿eh?

Volví a responder que sí, como una idiota sin recursos lingüísticos.

—¿Te apetece... te apetecería ir a tomar algo? Para reponer fuerzas.

Me quedé petrificada.

—¿Ahora?

—Sí, claro.

—Pero... mira qué pintas llevo.

Me miró de arriba abajo y encogió los hombros.

—Supongo que las mismas que yo. Las que uno tiene al salir del gimnasio. Solo te propongo tomar algo frío en la terraza de aquí al lado. Es bueno rehidratarse después del deporte. Mi botella de agua está vacía y no aguanto así hasta mi casa.

—Sabes que hay una fuente donde puedes llenarla, ¿no?

—Me parece un poco feo invitarte a agua de la fuente de un gimnasio después de no haber querido invitarte a nada el otro sábado.

Me quedé callada y sonreí.

—Así que te acuerdas.

—Claro que me acuerdo. Ese día estaba un poco... Bueno, digamos que no era mi mejor día, lo siento.

—No tienes que disculparte. No tenías ninguna obligación. Además, yo no... fue mi amiga la que...

—Sí, tu amiga tiene mucho peligro.

—¿La conoces?

—La he visto bastante por allí.

Para ese entonces, ambos habíamos terminado de vestirnos y guardar las cosas en nuestras mochilas. Me hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y salimos. Avanzamos por el pasillo en silencio, en dirección a la salida del gimnasio. El pasillo era estrecho,

medía apenas lo justo para que dos personas caminaran juntas, por lo que estábamos muy cerca el uno del otro. Cuando salimos a la calle, señaló la terraza a la que se refería.

—¿Te parece bien? —Asentí con la cabeza—. No te he preguntado tu nombre.

—Me llamo Clara.

—Yo soy Max.

—¿De dónde eres? —Nos sentamos a una mesita y uno de los camareros vino enseguida a atendernos—. Yo quiero una caña.

—Que sean dos. —Volvió a mirarme cuando el camarero se marchó, y continuó la conversación—. Soy... australiano-estadounidense, digamos.

—¿Y eso?

—Pues muy fácil. Madre australiana, padre estadounidense. Se casan, tienen una criaturita, o sea yo, y por lo tanto soy las dos cosas.

—¿Y qué haces aquí?

—Trabajar. Vivir.

—¿Y cómo es que hablas español así de bien?

—Llevo diez años aquí. Pero no creas, a veces me sale el acento sin querer.

El camarero llegó con nuestras cañas. Yo le di un trago largo a la mía; estaba muy nerviosa. Necesitaba soltarme. No sé si él se dio cuenta, pero me miró pensativo y sonrió.

—Así que te gusta nadar —dijo, tras volver a dejar su caña en la mesa.

—Me relaja bastante. ¿Y a ti?

—Me gusta. —Se encogió de hombros—. A la gente suele gustarle lo que sabe hacer bien.

—¡Qué engreído! —Lo dije como una broma, pero con la duda de si no habría ido demasiado lejos. Él sonrió, por suerte.

—No, es cierto. Hace unos años competía. Y ganaba. Pero lo dejé.

—¿Por qué? —Esta vez sí se quedó callado y apartó la mirada. Había sido imprudente—. Perdona —me disculpé.

—No, no, tranquila. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Las cosas cambiaron. Es una larga historia. No me quedó más remedio que abandonar la competición, pero nunca

he dejado de nadar. —Se impuso un silencio incómodo por unos segundos—. ¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—Ya sabes... *what's your thing*.

—Ah, pues... No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros con resignación—. Quizá no tenga... *a thing*. Quizá no hay nada especial para mí.

—Hay algo especial para todo el mundo. Bueno, para casi todo el mundo.

—Supongo que yo estoy en el grupo de los *casis*.

—A qué te dedicas. Qué estudiaste.

—ADE.

Reprimió una carcajada. No muy bien.

—Perdona, pero claro, entiendo... no se puede sentir «pasión» por el mundo empresarial a menos que seas un psicópata. ¿Dónde trabajas?

Me puse seria, algo molesta. No sé si con él o conmigo misma.

—En una consultoría.

Asintió con la cabeza, despacio.

—¿Y te hace feliz lo que haces?

—¿Estar nueve horas al día mirando una pantalla de ordenador y respondiendo llamadas? ¿A quién le hace feliz eso?

—Entonces ¿por qué trabajas ahí?

—Porque es donde hay trabajo. Sí, tengo un par de amigos que se creen ellos muy bohemios y muy apasionados y muy artistas. Es muy fácil creerte un artista cuando papá te paga la sala de exposición que te has pillado en Malasaña. O cuando te permites gastar su dinero en el nuevo gastrobar que se te ha ocurrido abrir y del que te cansarás en año y medio.

—¿A ti no te paga nada papá?

—Pues... sí. Pero también me ha enseñado cómo conseguírmelo yo. No quiero vivir del cuento.

—Bueno, te ha enseñado cómo conseguírtelo y te ha pagado los mejores colegios. ¿Dónde estudiaste? Como mínimo en el CEU. Lo de la pública para la plebe, ¿no?

Me quedé callada, mirándolo estupefacta.

—¿De qué vas?

Se rio a carcajada limpia.

—Perdona, me estoy pasando.

Estaba molesta, pero, al mismo tiempo, me divertía. Se me notó en la media sonrisa que no pude evitar.

—Tampoco hay nada en particular que quisiera hacer.

—¿No hay nada que te guste? —Me encogí de hombros—. Ven-ga, busca un poco. Seguro que hay algo. —Me miró intensamente. El pelo, los ojos, las orejas, el escote. Como si fuera a encontrar mi vocación escrita en alguna parte de mi cuerpo—. Llevas una cami-sa bonita. Parece recién estrenada.

—Es nueva.

—¿Vienes con una camisa nueva al gimnasio?

—Es la que he llevado al trabajo.

—Así que compras ropa a menudo. —Asentí—. Te gusta la moda. Ya tenemos una.

—Me gusta consumirla. Apreciarla. Pero no crearla... No creo que me fuese bien. Creo que tendría la misma sensación que tengo en el lugar donde trabajo ahora.

—¿Y cuál es esa sensación?

—La de hacer algo... por hacer algo. —Asintió y se quedó calla-do—. Me gusta cantar. Pero solo cuando estoy sola. Es decir, no cantaré nunca en público. No ambiciono ser una cantante famosa ni nada por el estilo. —Siguió callado, mirándome intensamente. Sentí cosquillas en el estómago—. Y tú a qué te dedicas, a ver. Di-ces que ya no nadas profesionalmente.

—No, trabajo en un banco.

Casi me atraganté con la cerveza. Le miré con los ojos como platos y gesto de ofendida, y él comenzó a reírse.

—Serás... ¡qué hipócrita!

—¿Te das cuenta de que ya me has llamado engreído e hipócri-ta? Si lo llego a saber, te invito a agua de la fuente.

—Y casi podría llamarte mentiroso.

—¿Mentiroso?

—¡Sí! Lo que llevas un rato haciendo se parece bastante a mentir. ¡Aquí, haciéndome sentir mal porque trabajo en una con-sultoría en vez de seguir «mi pasión» cuando tú trabajas en la banca!